

Interludio 3: La Despedida — La Balada de un Dragón Semibenévolo

- Interludio 3: La Despedida — La Balada de un Dragón Semibenévolo

Interludio 3: La Despedida — La Balada de un Dragón Semibenévolo

Doomwing contemplaba el espacio vacío donde una vez estuvo Dawnscale. No había esperado realmente que ella partiera. A pesar de todo lo que había dicho, a pesar de los horrores que desató la Cuarta Catástrofe, no había pensado en realidad que ella abandonara su mundo. Pero lo hizo. Se había ido a vagar por los muchos mundos de la Creación. Podía entender su atractivo. Nuevos mundos, nuevos desafíos, nuevas conquistas. ¿Quién no sucumbiría a la tentación? Desde que era una cría, había vislumbrado otros mundos. Su alma cabalgaba las mareas astrales, las corrientes de energía del alma que se extendían por la Creación como ondas en la superficie de un lago. Ella le había hablado de esos mundos. Algunos estaban vacíos de vida, apenas más que harapos carbonizados. Otros estaban llenos de criaturas que desafiaban toda descripción y reclamaban poderes extraños y enigmáticos. Y aún otros no eran tan distintos del suyo. Incluso había dragones en algunos de esos mundos. Ella también había mencionado la gran sombra que había visto en las profundidades del mundo astral: un titán imponente, un dragón sin igual que llevaba en su cabeza una corona de llamas crepusculares y estrellas. No era hijo de los Primeros Dioses. Era más viejo y más poderoso, nacido en un mundo que existía desde mucho antes que el suyo, y que había superado con creces cualquier divinidad. ¿Podrían ellos alcanzar esas alturas? Dawnscale quería descubrirlo. Quería explorar la Creación y buscar a aquellos que pudieran responder sus interrogantes y ayudarla a crecer. Anhelaba dejar atrás el ciclo aparentemente interminable de Catástrofes y forjar su propio destino en un mundo que no la necesitara para salvarlo con tanta frecuencia. Ella le había pedido que la acompañara. Seguramente, él estaría interesado. ¿No era él el dragón que amaba la magia por encima de todas las cosas? Cada nuevo mundo debía ofrecerle nuevas magias por aprender y explorar. Todo lo que tenía que hacer era abandonar este mundo. Todo lo que debía hacer era soltar. Podía sentir la verdad en sus palabras. Ella ya no era una simple cría. Ya podía hacer más que lanzar su alma en las mareas astrales. Podía navegar sobre esas corrientes con su alma y su cuerpo, viajando de un mundo a otro. Él también podía hacer algo similar con su magia y sus runas. Podría construir un recipiente para cabalgar esas mareas junto a ella, y ambos podrían simplemente partir. Sería tan sencillo. Pero él se negó, y ella partió sin él. "Qué sentimental andas", le había dicho ella. "No le debes nada a este mundo. Ya lo has ayudado a salvar en cuatro ocasiones. Este mundo... está maldito. El ciclo de Catástrofes nunca terminará. Si alguna vez tuvo un destino pacífico, el Dios Roto se encargó de arruinarlo. Su vileza ha manchado este lugar para siempre. ¿Te preocupan los demás? Podemos fortalecernos juntos, y luego volveremos por ellos. Todos podremos ser libres." Y él la miró, en sus escamas blancas resplandecientes que brillaban con toda la luz y gloria del alba, y la vio por primera vez. ¿Cuánto hacía desde que el sentimiento de compasión, que admiraba y despreciaba a la vez, se había

enfriado en una fría indiferencia? ¿Fue cuando vio caer a tantos de su especie en manos del Dios Roto? ¿O cuando tuvieron que matar al Árbol Madre y a quienes la defendían? ¿O cuando la maldita descendencia de un dragón y un leviatán intentó ahogar el mundo? Había tanto sufrimiento en el mundo, tanto odio, rabia y tristeza... y su compasión no era infinita. Al final, el pozo se había secado y solo quedó un desapego frío. Ella ayudaba a los demás porque era lo correcto. Era un deber, no un deseo. Y, como todos los deberes, se volvía cada vez más agotador. Quizás la Cuarta Catástrofe fue la última gota. Ver que algún parásito arrogante podía volverse tan poderoso como para amenazar el mundo entero... Nosotros... ella, todos esperaban que tras el Señor de las Mareas no hubiera más Catástrofes, que con los fantasmas del pasado tranquilos, quizás por fin habría paz para todos. Pero el vampiro era prueba de que eso nunca pasaría. Siempre habría otra Catástrofe, y Dawnscale no quería más de eso. Por eso se fue, y él la dejó partir, y ahora permanecía solo en la cima de la montaña, quieto, en silencio y aislado. Quería decir que su cansancio y agotamiento provenían del gran esfuerzo que había hecho para combatir la Cuarta Catástrofe. Pero eso era mentira. Solo le quedaba quizás una cuarta parte de su magia, y su cuerpo estaba lleno de heridas, algunas más graves que otras, pero el cansancio y el desgaste provenían de saber que había perdido a otra persona que quería. Eso era todo lo que podía hacer. Perder gente. Y sus recuerdos no le otorgaban consuelo, porque siempre lo llevaban al mismo lugar, a la misma sensación de pérdida. Pero Dawnscale era distinta. Ella no había muerto. Se había ido, y no estaba seguro de si eso era mejor o peor. "Este mundo es mi hogar", le había dicho ella. "Mis padres murieron defendiendo esto. Mis amigos han muerto defendiendo esto. ¿Querías que huyera? ¿Que lo abandonara? Nunca. Desde mi primer día hasta el último, este mundo es mi hogar. Si tengo que morir defendiendo, así será. Soy un dragón y no huyo. Que vengan todos los horrores de la Creación. Soy Doomwing, y no soy cobarde. Todo este mundo será mi tesoro, y morirán como todas las demás Catástrofes." Ella lo miró, y su mirada se llenó de lástima. Luego se fue. Quizás si él estuviera menos atormentado por sus pensamientos, habría notado más pronto a los otros dragones. Quizás si en su interior no ardiera una chispa de rabia, de furia por haber sido abandonado, habría optado por irse en lugar de quedarse firme. Y quizás, si las primeras palabras del líder de los otros dragones no hubieran sido tan insensatas, no sentiría el impulso abrumador de masacrarlos a todos y bañarse en su sangre. "¿Solo?" se rió el antiguo dragón de tormenta, formando un círculo circunspecto alrededor de Doomwing. "Perfecto." Doomwing se levantó con toda su altura. Cuatro dragones ancestrales y ocho dragones mayores lo rodeaban. "Supongo que vienes a matarme." El dragón de tormenta bufó con desprecio. "Sí. Eres fuerte, Doomwing, pero estás solo, y nosotros somos muchos. ¿Cuánta fuerza te queda tras luchar contra la Cuarta Catástrofe? Tu corazón nos permitirá a mí y a mis compañeros ancianos despertar aún más, y el resto de tu cuerpo ayudará a los otros dragones mayores a hacer lo mismo." Doomwing respiró profundamente. La tormenta la había traído consigo. Nubes negras cubrían el cielo, y relámpagos cortaban el firmamento. La lluvia caía sin parar, y el viento aullaba. Era un espectáculo impresionante para un dragón ancestral, pero en su mente solo había una idea constante. Débil. "Todos ustedes son tan débiles", gruñó Doomwing. "Si no lo fueran, yo y los demás dragones primigenios no tendríamos que sufrir tanto para proteger este mundo. Si no fuera así, quizás ella no habría partido." Era una idea absurda, ilusoria. En el fondo, sabía que ella siempre partiría. Ya había tomado su decisión, quizás milenios atrás. Pero esos dragones estaban justo frente a él, y la chispa de rabia dentro de su pecho crecía con cada instante, transformándose en un voraz incendio. "¿De qué hablas?" replicó el dragón de tormenta. "No importa." Miró a sus compañeros. "Está herido, y no le queda mucha fuerza después de luchar contra la Catástrofe. Si atacamos todos juntos, caerá." Doomwing respiró hondo, hondo. La herida le dolía. Solo le quedaba un cuarto

de su magia. Pero la realidad se volvió cristalina. Aquí, ahora, nada importaba más que la batalla. "Váyanse", dijo a los dragones mayores, "y los dejaré partir." Mostró sus dientes y sonrió a los cuatro ancianos. "Pero a ellos no. Les arrancaré los corazones del pecho y los devoraré. Les romperé sus cuerpos y me bañaré en su sangre. Les desgarraré las escamas y los despedazaré. Pero ustedes, ancianos, se pueden marchar porque quiero que todos los demás sepan qué pasará si desafían mi poder." "¡Está mintiendo!", siseó el dragón de tormenta. "¡Ataquen!" En un instante, los cuatro dragones ancestrales comenzaron a formar runas. Doomwing bufó con desprecio. Tardío. Todos tan lentos. La Madre Árbol los habría aniquilado antes de que acabaran, y el Señor de las Mareas les habría arrancado las alas solo para verlos tambalearse en el agua. Con una expresión de desprecio, Doomwing desató un hechizo de duodécima orden reforzado con varias runas mayores de potenciación. Rayos ardientes de alma ardiente brotaron de sus garras y golpearon uno de los dragones mayores, saltando luego al siguiente y al otro, hasta que siete de los mayores cayeron del cielo. La luz astral brotaba de sus bocas y ojos mientras sus almas ardían. Tan lentos. Estaban acostumbrados a luchar con ballenas celestiales y krakens. ¿Cuándo fue la última vez que combatieron un enemigo capaz de nivelar montañas o abrir océanos? ¿Cuándo fue la última que su supervivencia dependió de ser solo una fracción de segundo más rápidos que sus adversarios? Él dejó intacto al último dragón mayor, y el dragón de escamas verdes no hizo nada, demasiado aterrorizado para luchar o huir. Los dragones ancestrales aún preparaban sus runas. Tontos. Preparaban las runas destructivas más poderosas que conocían. Intentaban matarlo con un solo golpe. ¡Absurdos! Deberían haber aprovechado su número. Deberían haber usado runas mayores y menores para desgastarlo hasta que no tuviera fuerzas para defenderse de los pocos runas ancestrales que tal vez conocían. En cambio, eligieron usar sus runas antiguas desde el principio y él no quedó impresionado. Eran lentos, torpes, demasiado evidentes. Uno tejía una runa ancestral de la muerte verdadera, y los otros tres, runas antiguas de destrucción, ruptura de escudos y negación de magia. No estaban mal seleccionadas, pero al usar las runas ancestrales más poderosas, sacrificaron la velocidad. Claramente, eran inexpertos. Doomwing había aprendido, a un gran costo, que en un enfrentamiento entre quienes dominaban las runas antiguas, la velocidad lo es todo. Una runa a medio terminar casi no existía. Si alguien quería usar runas más lentas, debía prepararlas con anticipación o crear una oportunidad segura para usarlas. Doomwing lanzó un cuarteto de runas mayores, lanzándolas simultáneamente y terminándolas mucho antes de que los dragones ancestrales concluyeran las suyas. Atacó a ciegas al dragón de tormenta, sordo y mudo. El dragón de llama cayó del cielo de repente, con la gravedad multiplicada por cientos. Dawnscale no pudo respirar, atrapada por bandas de fuerza y radiancia que apretaban su pecho. El dragón del rift de repente le faltaron las piernas cuando una línea de pura fuerza cortante cruzó entre ellas. Sus runas antiguas se rompieron a medida que perdían concentración y entraron en pánico. Doomwing rió y elevó su cuerpo dolorido al aire. El dragón de tormenta fue el primero en caer. Mientras balbuceaba, lanzando relámpagos y agitando sus garras y cola, Doomwing le clavó una garra en el pecho y le arrancó el corazón. La piel de un dragón ancestral es sumamente resistente, pero él era un dragón primordial, y sus garras eran mucho más afiladas. El insensato. Si hubiera mantenido la calma, habría usado su habilidad para controlar el viento y así detectar la posición y los movimientos de Doomwing. Pero entró en pánico, y eso le costó la vida. Luego fue el turno de Dawnscale, y Doomwing gruñó con disgusto. Una dragona dawn es una de las etapas menores de un dragón celestial. Las dawns son como los dragones celestiales: devastadoras en el aire. Una dawn debería tener velocidad y agilidad casi sin igual en el cielo. Ella debería haberse mantenido a distancia, bombardeándolo con su aliento y magia de manera constante. Eso era lo que Dawnscale habría hecho. Pero en lugar de ello, se quedó flotando como una idiota mientras

preparaba una runa ancestral que apenas dominaba. Doomwing le rajó la cabeza, mientras ella luchaba por escapar de la runa que la ataba. Quizás solo morderle el cuello no fue suficiente. Después de todo, las *dawns* son extraordinariamente buenas sanándose. Para su crédito, el dragón del rift murió con dignidad. Sin sus piernas, vociferó su desafío e inyectó una lluvia de hechizos, aprovechando el tiempo que los otros dos ancianos le habían comprado con sus vidas. Al mismo tiempo, dobló espacio y tiempo, acelerando sus ataques y colapsando el espacio alrededor de Doomwing para hacer que sus golpes fueran inevitables. Ojalá no hubiera perdido tiempo en una runa antigua y atacara de esa forma desde el principio. Pero las runas antiguas son tan poderosas, y es tan fácil dejarse seducir por su arrebatador poder. Doomwing alguna vez fue así, pero varias experiencias cercanas a la muerte le habían enseñado que confiar solo en runas antiguas lleva casi siempre al desastre. Son herramientas sumamente poderosas, pero, como cualquier herramienta, solo sirven en ciertas circunstancias. Sin embargo, esta táctica combinada merecía reconocimiento, aunque no fuera suficiente para detenerlo. Doomwing lanzó una ola de magia disruptiva, deshaciendo la manipulación del espacio y el tiempo que había creado el dragón del rift y desviando la andanada de hechizos. En un instante, estuvo a su lado, y con fuerza punzante le rajó el pecho. El último anciano, el dragón de llama, finalmente logró enderezarse. Intentaba huir, con las alas batiendo desesperadamente ante la masacre. Doomwing gruñó. Al menos, los otros habían muerto luchando. Este tonto moriría como cobarde. "Déjame mostrarte cómo usar runas antiguas." Doomwing pudo haber invocado una de sus runas más poderosas, capaz de desgarrar cordilleras y abrir mares. Pero eso habría tomado demasiado tiempo, y su enemigo ya estaría fuera de alcance. En lugar de ello, solicitó algo más simple. Una runa antigua de penetración. Señaló con una garra y la runa se formó en un instante. A lo lejos, el dragón de llama se quedó congelado y comenzó a caer del cielo, con un agujero atravesándole la espalda y saliendo por su pecho. Su corazón había sido arrancado, junto con varios órganos internos. Doomwing volvió su mirada al dragón mayor restante. La dragona de escamas verdes temblaba de miedo, y él se puso sobre ella. No podía ser más pequeña que un tercio de su tamaño. Traerla a ella y a los otros dragones mayores había sido inútil. O quizás no. Quizá el dragón de tormenta planeaba usarlos como distracción, sin imaginar cuánto le costaría a Doomwing destruirlos. "Tú", indicó con un gesto vago en la carnicería que lo rodeaba. Los cuerpos destrozados de dragones antiguos y mayores cubrían las laderas de las montañas. "Vete y cuéntale a todos lo que viste." "Yo..." ella tragó con dificultad. "¿Quieres... quieres saber quiénes eran?" Era común que los dragones se jactaran de a quiénes habían vencido. Pero en este caso, no había nada de qué presumir. "No." Doomwing la despidió con un movimiento de su cola. "¿Por qué debería un dragón aprenderse los nombres de las hormigas?" Mientras la dragona de ácido se escapaba volando, Doomwing se acercó al cuerpo del dragón de tormenta. ¿Habían planeado comérselo? Bueno, él tenía hambre, y allí estaban.

En la cima de una montaña cercana, Marcus decidió permanecer en silencio. Él y Doomwing habían formado una especie de amistad incómoda. Había querido ofrecer algunas palabras de consuelo cuando el dragón celestial se había marchado. Doomwing parecía estar claramente muy molesto por ello. Pero luego, aparecieron esos otros dragones y... bueno, de repente, llamar la atención sobre sí mismo no parecía ser una buena idea. Esperaría a que Doomwing terminara de comer. Entonces estaría más tranquilo, y en realidad, tenían que hablar sobre qué hacer con algunos de los artefactos más... horribles que habían encontrado en las ruinas que quedaron después de que su padre fuera derrotado. El loco vampiro había logrado reunir objetos increíblemente poderosos, pero peligrosos. Había algunos que Marcus quería conservar, aunque quizás sería mejor deshacerse del resto.